

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

DENTRO DEL SANTUARIO

Huyendo del calor asfixiante de la llanura, y en busca de aires más puros y refrescantes, he abandonado la ciudad del Tormes, que queda sumida en el más profundo letargo. Al marchar, las torres y el remate de los antiguos edificios me hacen reflexiones sobre sus grandezas pasadas y el estado de hoy. Pero me dirijo a otro punto, bien distinto, que ya se empieza a ver, hacia el cual, aparto mis ojos de vez en cuando. Mi atención la reclama ahora todavía Salamanca... Definitivamente me decido a perderla de vista y fijarme en ese otro punto hacia el cual me dirijo y que no se me ocultará ya durante todo el trayecto: es la Peña de Francia, pico elevadísimo, un eslavón de la cordillera Cárpeto-Vetónica, amado de baluarte inexpugnable, que juntamente con otros picos forma el *inmenso anfiteatro* que rodea a Salamanca. De ahí proceden esos auras refrescantes que son la vida entera de nuestra ciudad durante el estío. A la Peña de Francia me dirijo a postrarme a los pies de la que es Reina y Señora de aquellas alturas, muchos siglos ha. Gran Reina es la que tiene colocado su trono en aquel empinado risco y, a fe, no faltan memoriales que presentar a su grandeza: no hago más que ponerme en camino y continuamente llegan a mis oídos multitud de quejas y necesidades urgentísimas que piden su presto remedio: la falta de agua para los campos, el continuo subir de las subsistencias, aprietos angustiosos de familias desgraciadas... imprecaciones a los que dirigen la trama diabólica de la guerra: tal es el tema favorito de mis compañeros de viaje. Pues escucha el relato de sus desdichas aquella joven viuda y oirás cómo la parca se cebó en su única ayuda de este mundo, lejos.. muy lejos de la patria, y es fuerza que se te conmuevan las entrañas, sino las tienes de roca, viendo cómo tres pequeñuelos faméli-

cos con llanto desesperado, piden una y mil veces lo que su infeliz madre no les puede dar!

Estos son los memoriales que llevo en mi cartera para presentar a la gran Reina de aquellas alturas. ¡Y no haya cuidado que se me olviden, porque hasta la misma cuesta vienen repitiéndome tan triste y monótona cantinela!

Ya estamos arriba. Quisiera yo, caro lector, que me acompañaras un largo rato para contemplar las maravillas que se divisan desde este elevadísimo risco de Peña de Francia, pero mi péñola, demasiado tosca para tamañas empresas, renuncia a ello desde luego, pero te invito a que vengas y veas por tí mismo—cuando sea tiempo a propósito y tus ocupaciones te lo permitan—tales grandezas que, aun descritas por maestros quedan a medio camino de la realidad.

Es dentro del Santuario donde quiero permanecer ahora. ¡Son tantas las súplicas, tantas las necesidades y las quejas que ha escuchado y acogido favorablemente esta gran Señora aquí, desde su trono, que allá voy yo con las mías, con la mayor confianza! ¿Podrían contarse los prodigios, muchos de ellos estupendos, obrados por intercesión suya en este Santuario?..

Bien se ve que deben ser muchas las almas que de aquí han bajado consoladas y remediadas en la esplendidez y munificencia conque está construído el Santuario y sus dependencias. La primera dificultad con que se tropieza para construir a estas alturas, son los elementos naturales desencadenados y furiosos que tenazmente trabajan por desemplazar las mismas rocas. Aquí el viento se convierte en huracán, toda la lluvia en nieves que habrán de soportar los tejados hasta bien entrada la primavera, y por consiguiente, el frío se hace insoportable. Siendo indispensables aquí por lo tanto, enormes resistencias, son estas el primer factor conque debe contarse al construir. Una multitud de huecos y ventanas serían la destrucción del edificio.

Por eso estos deben ceder el lugar a un muro de gran espesor y sólidamente construído, hasta rayar en lo enorme y desproporcional. Y así son los *muros* del Convento, con tres metros de espesor, muy próximamente pocas y pequeñas ventanas que al O están casi suprimidas. Debían sostener los muros, además, el empuje de las bóvedas, que las había en tres pisos al menos, subsistiendo aun en dos

de ellos. Estas bóvedas son macizas y pesadas, muy apropiado para la solidez del edificio.

Grande debe ser la desilusión que sufrirá el que venga a este Convento buscando lujo y comodidades, las cuales no permite la naturaleza del sitio, como habrá ido notando el lector, ni la austeridad de sus moradores.

Estas obras, sin embargo, apenas se conciben sin la protección regia. Y no es que la iglesia sea una atrevida catedral, gótica, y el convento magnífica construcción monacal de los tiempos medioevales, no; a estas alturas sería temeridad soñar tales fantasías, que el huracán y todos los elementos conjurados echarían por tierra. El ánimo, no obstante, queda agradablemente sorprendido al penetrar en el templo, sencillísima construcción ojival de tiempos todavía favorable a este estilo. La portada, muy modesta, aunque de considerables dimensiones, es del renacimiento y mucho posterior. A la muerte de Don Juan II (1454), cuyo escudo se ve aún sobre la portada principal de la hospedería y en una piedra de la plaza, ya estaba concluída la iglesia. Este hecho, precisamente, explica la anomalía de hallarse desviada la capilla de la Virgen un tanto a la izquierda, fuera del eje de la bóveda principal. Sin duda pensaba el generoso Rey continuar la iglesia hasta incluir en ella la modesta capilla que construyó Simón Vela, con el ánimo, quizá, de sustituirla por otra más digna de la Celestial Reina y que estuviera en armonía con el resto.

Efectivamente, el llegar a este punto los arcos de las bóvedas están cortadas de repente, y el presbiterio, que forma parte de la antigua capilla, hubo de continuarse hasta encontrar las bóvedas. He aquí, cómo el conjunto forma dos cuerpos muy distintos: las tres naves y las capillas. Si ganó o no ganó con esto el Santuario, cuestión es ésta que no he de ventilar aquí. Las bóvedas son de crucería y los arcos que las sustentan de lo más sencillo y elemental dentro del estilo ojival; el arquitecto se ciñó a los seis arcos primitivos y generales. Nada de ornatos. No tienen moldura alguna y el pilar que los soporta consta, como en la Arquitectura románica, de tantas semicolumnas adosadas cuantos son los nervios que descansan sobre él. La base general de estas semicolumnas—igualmente que lo que hace de capitel—es lisa, sin molduras. Resultan las bóvedas demasiado bajas y los pilares nada esbeltas por la desproporción entre sus dimensiones, lo cual se

debe a que, una vez concluída la iglesia, levantaron el suelo con tierra hasta poder abrir en él sepulturas, porque siendo el pavimento viva roca no podía servir de cementerio, según la costumbre de entonces.

Nota característica de esta iglesia es el estar casi totalmente privada de luz, pues entra puramente la precisa, y esto por ventanas que luego se ve que ocupan un lugar muy secundario en los planos del arquitecto. ¿Qué papel representarían a estas alturas los grandiosos ventanales de la catedral y del templo de San Esteban de Salamanca, aquí donde el viento y todos los demás elementos conjurados son formidable ariete, cuyo infernal empuje sólo resisten los *murallonenes* del edificio? Y luego... la esbeltez y la gallardía de las catedrales ojivales aquí no son necesarias. ¿Para qué? ¿Para elevar el espíritu? Completamente inútil sería todo eso, cuando este se halla ya por cima de las cosas terrenas y mundanales. ¿Qué necesidad hay del artificio del hombre donde la naturaleza lo suple todo con ventajas tan manifiestas? A medida que se asciende por la cuesta disminuye el peso de la atmósfera que gravita sobre nuestro organismo: de igual manera el espíritu vase desligando de las ataduras que le ansían. Cuando se llega arriba ya no es preciso elevar el espíritu; ¡de estuco debiéramos ser para permanecer insensibles en presencia de tanta grandeza como desde aquí se descubre! Al nuevo peregrino o recién llegado excursionista sólo basta depositar, generosamente, los afectos íntimos y más delicados de su alma a los pies de la Reina de estos riscos para que ella los presente al Creador de esta imponente naturaleza.

¡La plaza del Santuario!... Entrás en ella, lector y piensas que estarás a las puertas de un castillo de algún gran señor feudal. En medio de ella, la ejecutoria como si dijéramos, de recuerdos hay algún tanto quiméricos y fantásticos: es un rollo... (No asustarse, que aquí jamás se derramó gota de sangre). En él encontrarás un escudo, un jarrón de flores, un hombre aherrojado... y basta. La torre es del siglo XVIII, gallarda, gentil, pero muy impropia de este lugar: ya se vino al suelo una vez y las piedras, desencajadas y sueltas, indican que no tardará en caer de nuevo. De ella pende una gran campana, que da pena verla y más pena aun cuesta ver la magnífica hospedería toda ruinas, ruinas que dan que admirar y observar, pues

estoy por asegurar que es más significativa la construcción de este precioso local que la de todo el Convento.

¡Aseguraba al principio que quería permanecer dentro del Santuario y, ahora que me doy cuenta, ya estoy fuera de él! Confieso que apenas hice más que entrar y salir, como niño inquieto y curioso; pero también es cierto que serían precisas muchas horas hasta salir satisfecho. Nada he dicho de la Imagen milagrosa, de su trono y de los antiguos recuerdos. Es lo cierto que la Peña de Francia fué uno de los Santuarios famosos de España, con haber tantos, y ha llegado a ser uno de los más infortunados. Hoy los fieles vuelven a postrarse a los pies de la Sagrada Imagen y renace la antigua piedad. ¡Qué placer espiritual más intenso, ver de nuevo a los fieles aquí postrados y rendidos, llenos de fe y de entusiasmo! ¡Un espectáculo sublime que he presenciado yo mismo, no se me borrará del alma jamás!... De estas cosas quisiera yo hablarte... y te hablaré, *Deo juvante*, pero hoy ya no.

FR. GERMÁN P. RENGEL.

Peña de Francia, Agosto de 1918.



¡COVADONGA!

Hay en la historia de España hechos inmortales, cuyo recuerdo inflama la fantasía, enciende la sangre, enardece los ánimos y despierta en los corazones de todos los dormidos sentimientos de la patria; pero de estos hechos ninguno más grato, ni más grande a los ojos del pueblo español que el de Covadonga.

Y se comprende; porque no es sólo Covadonga el campo de batalla en que perece la flor del ejército enemigo y se reivindica la gloria de unas armas, obscurecida con escándalo del mundo en las aguas ensangrentadas del Guadalete, es también el arca santa que salva en días aciagos los gérmenes y reliquias de la patria, la cuna de su libertad e independencia, la roca misteriosa de donde brota purísimo el inagotable manantial de nuestra nacionalidad, el altar en que se firma la alianza entre España y María, en-

tre España que la jura por Reina perpetua suya y Capitana de sus tropas, y María que promete acompañarla y ayudarla en Clavijo, en Otumba, en Lepanto, en Bailén, donde quiera que el interés y decoro nacional peligren; el pavés sobre el cual se levanta Rey a Pelayo y se echan los cimientos de aquella Monarquía que al rodar de los tiempos, avasallará reinos, dominará hemisferios y obligará al sol a no dar un paso, sin rendir tributo a España, sin coronar la regia frente española.

Calatañazor, las Navas, el Salado son nombres gloriosos que traen a la memoria otras tantas brillantísimas jornadas, en las que el heroísmo y valor españoles rayan en lo sublime; pero nombre al cabo que perpetuan las etapas del avance de nuestros padres en la obra de la unidad e integridad de la patria, y jornadas, sin las cuales, lo mismo hubieran tenido lugar la grandiosa epopeya de la reconquista nacional y la admirable odisea de la civilización americana, nuestro triunfo en Grecia y Oriente, y nuestras victorias en Francia y Alemania. Covadonga es el hecho providencial que contiene en gérmenes todas las grandezas y destinos de España; allí renació todo: el altar, el trono la nobleza, la lengua, el pueblo, las escuelas, los concilios y los códigos; de allí salió aquel poder que se derramó por los pueblos, encadenándolos a Dios y a España, y aquellos guerreros, que recorrieron triunfantes el mundo, llevando desplegados al aire los pendones de Castilla. Prescíndase por un momento del éxito alcanzado en Covadonga por Pelayo y los suyos, y de un golpe se habrá dado en tierra con el maravilloso edificio de nuestra nacionalidad.

España podrá olvidar cualquiera de las susodichas jornadas por insigne que ella sea, y por mucha que haya sido su influencia en los sucesos posteriores que se desarrollaron en la península; a Covadonga jamás. Desgraciada de ella el día en que la faltare su recuerdo; aquel día habría perecido como nación.

En el momento en que se escriben estas líneas, conmemora con extraordinaria solemnidad el duodécimo centenario del sublime acontecimiento que inmortalizó el nombre venerando de la sagrada Cueva, y mientras sus sabios y artistas se adunan para cantar y ensalzar el heroísmo de aquellos valientes que alentados por María, dieron comienzo a la obra más grandiosa de nuestra historia y lanzaron a la patria por el camino de la libertad y de la inde-

pendencia; mientras sus hijos todos, los de aquende allende el mar, henchido el corazón de júbilo, vuelven los ojos a la histórica gruta, en cuyo fondo misterioso parece oírse aun la voz de Pelayo apellidando a los asturianos; élla, la madre España, representada dignamente por sus Reyes y por su nobleza, escala presurosa las montañas de Asturias y postrándose a los pies de la Virgen de las batallas, renueva el juramento que allí le hiciera el héroe de la Reconquista, y generosa y agradecida deposita en su altar, que es también el de la Monarquía, todos sus amores, todos sus entusiasmos, todas sus esperanzas, todos sus sacrificios. ¡Bendita sea una y mil veces! Quien sabe si de aquí datará la ansiada restauración que soñamos los que venimos creyendo en una España gigante, fértil como la antigua en héroes, santos y sabios. Motivo hay para esperar lo así. Afortunadamente aún no se han apagado del todo las cenizas de la vieja España; la raza heredera de sus sentimientos no se ha acabado aún; todavía corre por sus venas la sangre que enardecía a los soldados de los Reyes Católicos, de Carlos V de Felipe II, y la anima sobre todos la misma fe, aquella fe que la engrandeció sobre todos los pueblos, y la salvó en los días más críticos de su historia.

FR. M. CANAL.

8 de Septiembre de 1918.



EL ROSARIO

Todo fiel cristiano sabe que la Virgen Santísima fué constituída por madre de los hombres en aquel momento trágico en el que élla perdía de vista a la prenda más adorada de su corazón. San Juan nos representaba, y por eso Jesús pendiente de la cruz dice a su madre: mujer, he ahí a tu hijo, y San Juan: he ahí a tu madre. Desde aquel momento en el que el Sol de Justicia se ocultaba, María quedó constituída por madre nuestra y nosotros por hijos suyos.

No hace falta ponderar el poder que tiene tal madre; baste saber que es madre del que es autor de todas las

gracias, Cristo Jesús y cosa que ella le pida a buen seguro que no se la negaría. Ella, desde que se le confió tal misión, está atenta a todas nuestras necesidades para socorrerlas pero quiere que con humildad se las expongamos y hasta quiere que le roguemos. Es una madre cariñosa, cariñosísima, más que todas las madres de la tierra juntas, y si nuestro comportamiento para con ella es digno, si trabajamos por agradarla, si así se puede decir, pues agradarla a ella es agradar a su Hijo, es agradar a Dios guardando los mandamientos de la ley y de la Iglesia, estemos seguros, que nunca nos faltará su ayuda.

Un medio efficacísimo para agradarla, para atesorar fortaleza contra todas nuestras malas inclinaciones, para obtener su amparo en nuestras necesidades, es el Rosario.

El Rosario, esa corona espiritual tejida con palabras tomadas del Evangelio; esa fórmula consagrada para rogar a Dios en honor de María y que ella misma enseñó al gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

Para deshacer las herejías, para convertir a los pecadores, para obtener gracias espirituales y temporales, para alcanzar remedio contra todas nuestras necesidades y para tener siempre propicia a la Madre de Dios, lo mejor es rezar el Rosario con verdadera devoción. Por el Rosario enseñado por Santo Domingo, fué destruída la herejía de los Albigenses. Por el Rosario dos veces, en fecha memorable, han sido derrotados y aniquilados, los Turcos, en Lepanto y en Austria. Por el Rosario se ven otra multitud de maravillas que llenan de admiración al mundo. Id a Lourdes y vereis cuantas curaciones asombrosas de cuerpos y almas debidas todas ellas al rezo fervoroso del Santo Rosario. Rezar, pues, cristianos el Rosario, y rezadlo con devoción, meditando al mismo tiempo los misterios sagrados que en él se conmemoran. Si se levantan los vientos huracanados de las tentaciones, si temeis ser agobiados por la tribulación, rezad el Rosario, invocad a María. Si sois agitados por los ímpetus furiosos de la soberbia, de la ambición, de la detracción o de otros vicios semejantes, rezad el Rosario, invocad a María. Cuando os encontréis en peligros, cuando esteis angustiados, cuando sintais alguna duda, rezad el Rosario, invocad a María. No solteis de vuestras manos prenda tan preciosa como el Rosario; no ceséis de pronunciar con vuestros labios ese salterio divino; meditad de continuo sus misterios y sereis salvos.

Hacedlo en este mes de una manera especial, ya que está consagrado por la Iglesia para que se haga de una manera más solemne. Todo cuanto hagamos en honor de María, se nos premiará con creces. Pidamos con todo fervor por medio del Santo Rosario, cesen tantas calamidades como hay en el mundo.

Regina Sacratissimi Rossarii, ora pro nobis.

FR. CLAUDIO D. FERNÁNDEZ.

Salamanca, de 1918.



De nuestros misioneros de Urubamba y Madre de Dios.

Misión de Santa Rosa del Tahuamanu (1)

R. P. Fr. Manuel M.^a R. Cadenas.

Mi estimado e inolvidable P.: Como al despedirme de ustedes ahí en Salamanca, les he prometido enviar alguna relación de lo que por acá sucede, y usted me lo ha vuelto a recordar con insistencia, le dirijo la presente a usted deseando satisfacer con la misma a los deseos de esos buenos Padres y hermanos cuyo grato recuerdo conservaré siempre con cariño en mi corazón. Y antes de pasar más adelante, les suplico me dispensen tan largo y prolongado silencio que se deja ver entre mí y ustedes.

La vida de la montaña es muy distinta de la vida conventual. No siempre es posible escribir a gusto de quien lo desea. Esta misma, que después de tan largo tiempo les envío, me ha sido forzoso escribirla a intervalos, según me lo fué permitiendo la enfermedad que desde hace más de tres meses me viene molestando. ¡Tan difíciles de curar son las tercianas y fiebres palúdicas en estas regiones!...

Como las noticias del viaje habrían de tener a estas

(1) Con sumo gusto empezamos a publicar esta interesantísima carta del que fué, hace dos años, nuestro condiscípulo. Sólo deseamos que las relaciones de sus tareas apostólicas sean muy frecuentes, pues creo que en nada se pueden emplear mejor las páginas de la Revista que en dar cabida a las cartas de nuestros misioneros. — *El Director.*

fechas un gusto desagradable y un sabor a ranciedad, me limitaré a describirlas muy a la ligera el camino que desde Lima conduce al centro de las Misiones: el mismo que en nuestras tertulias y recreos pintábamos tan angosto y tortuoso y tan lleno en todas partes de peligros casi inevitables.

Como las he dicho en otras anteriores, se calcula en unas cuatrocientas leguas de extensión, pudiendo ser recorridas en su mayor parte en vapor y en tren hasta separarse de la vía férrea en el pueblecillo llamado Tirapata, lugar señalado para separarse los misioneros que se dirigen a las montañas del Urubamba de los que van destinadas a las misiones Madre de Dios, tomando los primeros, el camino que conduce al Cuzco, antigua capital de los Incas, y los otros el de la derecha que atraviesa las dilatadas llanuras que separan las ciudades y pueblos importantes de la elevada cordillera de los Andes que corre por todo el Sud-América.

Pasados los tres primeros días de viaje a través de aquellas inmensas planicies, se llega a una de las cumbres más elevadas de dicha cordillera teniendo que atravesarla por el célebre paso llamado del Aricama, situado a 4.817 metros sobre el nivel del mar. Desde aquellas inconmensurables alturas, el panorama que se descubre es de lo más sublime y grandioso que imaginarse puede: a un lado la bruma que se extiende sobre el mar, las ciudades de la costa y cuanto hay en el Perú que signifique civilización, movimiento, vida agrícola, estado de progreso y de cultura: al otro la montaña, como la llaman las naturales: es decir, la interminable serie de cerros y de tupidas e infranqueables selvas, teatro de nuestras misiones del Urubamba y Madre de Dios, cuya distancia a su centro aún es de quince a veinte jornadas: y en medio de estas dos tan diversas partes de terreno que constituyen el total de la República, cual muro de separación, se alza la ingente y majestuosa cordillera cuyos últimos cerros parecen ir a perderse entre las nubes.

Descendiendo desde aquellas alturas a unas dos leguas poco más, termina el hermoso camino carretera que hasta allí permite llegar el coche y comienza a culebrear el sendero por entre peñascos y vericuetos hasta llegar al último pueblecillo, el más rudimentario ya en escala descendente y que señala al viajero el estado de transición entre

los pueblos civilizados y las tribus nómadas que habitan en el interior de las selvas.

A pocos pasos de aquellas humildes chozas de indios comienza la estrecha y peligrosa senda a la que con algunas restricciones se le pueden aplicar las noticias que por ahí corren relativas a las vías de comunicación, en general, que existen entre nuestros misioneros y las ciudades del otro lado de la cordillera. Dicha senda, verdaderamente peligrosa y temible es de unos treinta y seis kilómetros de extensión; se halla tallada a pico en viva roca y va atravesando a una altura elevada por las laderas de interminable cadena de cerros tan pendientes y escarpados que a los pies del caminante aparecen de continuo enormes precipicios y simas espantables cuya sola vista causa pavor. Las desgracias ocurridas en este corto camino han sido incalculables, no obstante de hallarse ensanchado de trecho en trecho a fin de que se puedan cruzar fácilmente las caballerías de los viajeros y las recuas de mulas que de continuo por allí pasan.

Por lo demás, todo el trayecto que constituye el resto de la travesía de la montaña, es de la más apetecible para un viaje de recreo. Los temibles precipicios y las cumbres escarpadas, van desapareciendo poco a poco, el sendero desciende al seno de los valles y se abre paso sombrío y espacioso a través de las llanuras y de los bosques seculares en los que la vegetación se halla en todas partes exuberante y prodigiosa, apareciendo los árboles y las plantas vestidas durante todo el año de un verdoso follaje como sucede en las más pintorescas y feraces regiones de España, en la estación primaveral.

Después de unos seis días de travesía a lo largo de aquellas montañas vírgenes, se llega finalmente a los márgenes del río Gambopata donde empiezan ya a verse las canoas construídas de un tronco de árbol, únicas embarcaciones que hay para recorrer estos ríos, a excepción de alguna lancha que solamente a algunos caucheros poderosos les es permitido usar. La bajada de este río hasta Puerto-Maldonado, uno de los puntos donde se hallan establecidos nuestros misioneros y misioneras, es de dos a tres días próximamente.

El nuevo vehículo que necesariamente hay que emplear para hacer este corto recorrido, obliga a que en un principio se apodere algún tanto el miedo de los corazo-

nes, especialmente por los vaivenes que da al chocar contra los troncos y al pasar sobre los grandes remolinos que hace el agua al bajar rápida de las cachuelas en donde no menos temible es el peligro.

Al fin, la vista de Maldonado causa en el corazón de los nuevos misioneros una emoción indecible. No importa que sean solamente humildes chozas todo lo que aparece a su vista. El pensamiento de que es ya llegado el término de su viaje, de que ya se halla en sus tan queridas e idolatradas Misiones, que ya pisa una tierra bendita y regada con la sangre de sus mayores, que allí les esperan sus hermanos y hermanas ansiosos todos de recibirles y de compartir con ellos las fatigas del apostolado, les causa inmensa alegría cual jamás la sintieron en su corazón. Después de los más tiernos y afectuosos saludos, les muestran respectivamente los dos colegios de niños y de niñas; el número mayor o menor de salvajes convertidos, la casa construída de palos y recubierta de hoja, hechas por sus propias manos, la extensa puerta llena toda de plantaciones, entre las que sobresalen la yuca y el plátano que constituyen la base de la alimentación así de los salvajes como de los civilizados establecidas en estas regiones.

Y hecha ya mención de estos dos colegios que sostienen nuestras misiones en Maldonado, a fin de que se sepa y se vea la acción educativa y civilizadora de nuestros misioneros y misioneras, me parece muy oportuno el señalar también al Colegio de niñas del Manú, juntamente con las familias de salvajes convertidos que vienen al lado de los Padres y de los cuales reciban instrucción y amparo.

La de Chirumbia, compuesta toda de salvajes, cuyas chozas construídas a uno y otro lado de la del Padre, causan la agradable impresión de un hermoso pueblo naciente. Otra en las márgenes del mismo río Urubamba, de la que hemos sabido que estaba muy próxima a fundarse, pudiendo ya contar desde un principio con veinte familias de salvajes. (1)

(1) De lamentar es que intenciones crueles y sanguinarias, de quien se esperaba poderoso y sincero apoyo entorpeciesen y retardasen tan bella fundación.

FR. JOSÉ ALVAREZ.

Misionero Dominicó.

(Continuará).



LUCHA DE UNA VOCACION

Quien no ha recorrido el río Miño, el más hermoso de Galicia, no ha tenido la inefable dicha de contemplar una de las villas más pintorescas: las Bornetas de Tuy.

Como blanca y cenicienta paloma, tendida las alas a los besos y arrullos de las agua, vese esta industriosa villa rodeada de casas solariegas, ostentando ondulante penacho de eucaliptos, cubierto de graníficos resaltes que sirvieron de albergue a innumerables mártires.

La índole de este trabajo me veda ocuparme de este pueblo que meció mi cuna: otra mano más hábil que la mía sacará de entre el polvo los documentos de su historia y los presentará llenos de luz al público. Al presente, solo haré un boceto de la vocación al estado religioso que padeció una joven.

I

Mirando al Miño, en cuyo cristal, rizado de continuo por las auras, reverberan los rayos de la luna llena, levántase en la parte más alta de la villa la casita solariega de un noble caballero de acrisolada piedad. María, hija única; poco há, cortó Dios la vida de la esposa. Habiendo cenado, están sentados padre e hija en el solar de la casa, contemplando el cielo salpicado de estrellas y recibiendo los ósculos de las brisas nocturnas. María se expresa de esta manera:

—Siendo niña todavía senti en mi alma la voz de Dios, que me llamaba al estado religioso: deslizándose los años, la voz del Supremo Hacedor se ha hecho más fuerte, más poderosa, más irresistible; resuena continuamente en mi alma con una mezcla de dulzura que me trae toda embelesada; esa voz me sigue a todas partes, como sigue la sombra a mi cuerpo; de día, de noche, a todos instantes repercute en mi alma el eco: ¡Ven! ¡Ven! Yo no puedo dejar de atender a ese llamamiento, que no viene de mí si no de lo Alto; en obedecer está mi dicha, mi paz, mi felicidad; ruegole, padre, yo pido a V. en nombre de Dios y por cuanto más ame en este mundo, que apruebe mi resolución de consagrarme toda a Dios en el claustro. Le suplico, como la mayor de las gracias, el permiso, por exigírmelo la Orden para realizar mi vocación.

El padre quedó como aturdido al escuchar esta revelación inesperada.

—!Con que tú quieres ser monja!

—Padre, es Dios quien me llama; de El pende mi salvación y condenación eterna.

—Pues no te daré el consentimiento mientras tanto no me cerciore que tienes verdadera vocación para ingresar en la Orden que me indicas.

María quedó como aturdida y aterrada; con la fisonomía contraída por el dolor, gemía suplicante. En vano su padre intentaba tranquilizarla: no era posible llevar un rayo de alegría a aquel corazón apesadumbrado.

II

Continuando en esta guerra interior, tocó la noche a la mitad de su carrera, y al momento las campanas de la iglesia conventual de Religiosas Franciscanas de Tuy, esparcieron sus ondas sonoras en medio del sepulcral silencio, llamando al coro a las religiosas. Entonces, el padre, que hasta entonces había tenido afectuosísimos coloquios con María, dando suspiros le dice a su hija:

—Te autorizaré ingresar en el convento. Sigue los impulsos de tu corazón, sigue la voz del que te llama: borrarás para siempre el recuerdo de la casa donde naciste, donde se deslizó tu vida con las caricias de tus padres, donde te bendijo tu madre antes de morir. ¡Vete, vete! Ruega por mí en tus oraciones, y en tus horas de quietud acuérdate de tu padre, que tantos sacrificios hizo por tí.

María ya hacía rato lloraba de alegría y dió rienda suelta a su llanto, que solo puede verterse en semejantes casos.

Transcurrido lo antedicho ingresaba la hija en el noviciado de la Orden de San Francisco. Día de gratos recuerdos fué para los que tuvimos el gusto de presenciar tan conmovedor acto.

Momentos después me hallaba con su padre que me decía.

—Dios me la dió para ser religiosa. ¡Bendito sea el nombre del Señor!—Así sufren los corazones verdaderamente cristianos y tales prodigios de resignación solo la religión de Cristo puede obrar.

ARSENIO MARTÍNEZ

Seminarista.

DE PEÑA FRANCIA

LAS FIESTAS DE LA VIRGEN

Como en años anteriores se ha celebrado la novena y fiesta a la Santísima Virgen con extraordinaria solemnidad. La concurrencia fué mayor que en años anteriores, no obstante haber subido tantos devotos en las fiestas pasadas, y estar el tiempo poco favorable para los muchos peregrinos que el día 7 y 8 visitaron el Santuario. El día 7 se celebró por la mañana el funeral solemne que se aplica por los cofrades difuntos después de cantarse la Vigilia.

Oficiaron los Padres Dominicos residentes en el Santuario, cantando la capilla de los mismos.

Por la tarde, apenas eran las tres, y ya se veían los caminos atestados de fieles que subían en sus cabalgaduras unos, los más andando y muchos descalzos, cumpliendo el voto que en otros momentos habían ofrecido a la Santísima Virgen, en quien aquellos nobles corazones tienen puesta toda su confianza y amor.

Desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, y desde las cinco de la mañana hasta casi las nueve, seis y siete confesores no se ocuparon sino de asistir a este santo ministerio. ¡Qué alegría y qué consuelo tan grande! Apenas sube un peregrino que no lave allí sus culpas. A los pies de aquella santa imagen lloran sus pecados de uno, dos, cuatro, cinco o más años, y tranquilos, llenos de gozo vuelven a su hogar en donde tienen como en lugar predilecto a la Reina de sus amores, la Virgen de la Peña.

En la función de la tarde ocupó la cátedra sagrada el R. P. Fr. Tomás Martín; haciendo ver a los fieles los motivos que los obligaban a ser verdaderos amantes de la Virgen. Se cantó el himno de la Virgen de la Peña, la letanía y Salve, y un niño, encanto de su familia, con voz angelical, cantó tres Ave Marías que entusiasmaron al público.

Era una nota simpática en medio de aquellas bóvedas sagradas; se vee uno ya enfervorizado por el lugar; sólo faltaba un cántico de ángeles que nos hiciese ver que allí estábamos a la puerta de la gloria y Juanito, con su primorosa voz, elevó nuestros corazones y nuestro entendimiento a las más elevadas regiones.

Acompañó al niño con el armonium el R. P. Lorenzo, Carmelita del Convento de Salamanca. A continuación se expuso S. D. M. y se rezó la estación, cantando el pueblo en masa entre cada Padre nuestro el hermoso cántico popular «Alabado sea el Santísimo», terminando con la bendición y el himno eucarístico.

El día principal, 8 de Septiembre, comenzaron a celebrarse misas que duraron hasta las once, hora de la misa solemne.

En varias de las misas celebradas en el altar de la Virgen, se dió comunión, llegando a recibirla más de 700 personas.

En la misa solemne ofició el clero secular, D. Fulgencio Riesco, Archivero de la Universidad, asistido por don Pablo Hernández, párroco de La Alberca y de D. Nicasio Alonso, párroco del Maillo. La capilla de los Padres Dominicos, reforzada con los cantores de la víspera, interpretó la hermosa misa *Te Deum laudamus*, del Maestro Perosi. El R. P. Presidente, Fr. Tomás Calvo, ocupó la sagrada cátedra, logrando tener al auditorio pendiente de sus palabras por breves momentos. Entusiasta por todo lo que se refiere al culto de la Virgen, logró causar en el auditorio un amor y entusiasmo hacia la Santísima Virgen, que los fieles todos hablaban del sermón como de cosa nunca vista ni oída por ellos.

Terminada la misa, salió la procesión, llevando las andas multitud de fieles que se acercan a ellas por votos que tienen hechos y después del ofrecimiento comienza a desfilar la gente de tal manera, que a la media hora, de tres mil o cuatro mil fieles, apenas queda ya ni una docena.

Dios quiera que cada año continúe aumentando esta fe en la Santísima Virgen y volvamos a ver restablecido aquel extraordinario culto de los siglos pasados.

—Otra nota agradable y simpática para los amantes de la Peña debemos anotar.

Comenzamos primero por dar las gracias más expresivas a la Excma. Sra. Marquesa de Castellanos, que es a quien se debe tan precioso regalo.

Los Padres del Santuario, los religiosos de Salamanca y los fieles todos amantes del Santuario de la Peña, hacen constar desde las páginas de esta humilde publicación su gratitud a tan religiosa y caritativa señora, y pedimos que la Santísima Virgen que tantos favores obra entre sus

devotos, conceda a la Excma. Sra. Marquesa cuantos necesite para su bien espiritual y temporal.

Se trata de una preciosísima imagen, de talla, del Sagrado Corazón de Jesús, para colocar en el altar de la capilla del lado izquierdo. Sentada sobre artística e imperial silla, está la hermosa imagen bendiciendo al mundo.

Es una preciosidad artística y lucirá incomparablemente más el día en que a aquellas desnudas piedras sobre que hoy descansa, suceda un altar digno de la capillita en que se ha colocado la tan admirada imagen.

El día que se colocó dicha imagen en el lugar destinado, se hizo una función religiosa por la tarde, que consistió en el rezo del Santo Rosario, cantando después la letanía, la salve y un *Te Deum* en acción de gracias.

La Peña de Francia no es desconocida a la Excelentísima Sra. Marquesa de Castellanos.

Allá estuvo cuando aún era niña con sus padres y con otro ilustre veraneante, bien conocido de todos en la república de las letras, Nicasio Gallego. De aquella montaña santa, conserva gratísimos recuerdos que aún ahora cuenta ella misma con orgullo.

Con sus ojos vió una maravilla obrada por aquella Virgen morenita y no quiero resistir a la tentación de contarla. Se llegó el día de la fiesta de la Virgen y en la capilla llamada de la Blanca, se hizo una humilde función religiosa. Predicaba un P. Jesuíta. Entre la escasa concurrencia, había un niño sordo que había subido con su padre a visitar a la Virgen. Cuando el predicador animaba a aquellos devotos que tuviesen confianza en la Virgen que había colocado su trono en aquellas alturas, el niño sordo empezó a decir a su padre: yo oigo lo que dice, yo oigo lo que dice. En vano trataba el hombre de hacer callar a su hijo, pues el sin hacer caso de nadie seguía diciendo que oía. Llamó la atención del predicador lo que ocurría y deteniéndose preguntó que era lo que pasaba: se lo dijeron, y entonces él reconociendo un favor especial de la Virgen en aquel hecho, prosiguió su sermón conmovido y lleno de entusiasmo animándoles a que en todas sus necesidades acudiesen a aquella Virgen bendita que en aquel Santuario tales prodigios hacía.

Este hecho impresionó tan hondamente a la Excelentísima Señora, entonces niña, que se desmayó, teniendo que ser llevada por sus padres a la hospedería para que vol-

viere en sí. Otros recuerdos conserva de la Peña de Francia, pues allí se pasó una larga temporada con sus padres, que para librarse del cólera que entonces invadía a España allá habían ido. En el album que hay en el Santuario, están unos versos escritos por la Señora Marquesa, que transcribiría aquí con gusto si a mano los tuviera.



Favores de Ntra. Sra. de Peña de Francia

La joven de 11 años, María Antonia Hernández, hija de don Amadeo Hernández y doña María Francisca Blanco de Rollán tuvo la desgracia de que se le cayese el pelo, en tal forma, que quedó enteramente calva.

Sus padres emplearon todos los medios posibles, acudieron a visitar varios médicos y todas las medicinas resultaron inútiles.

Llevaba la joven en este estado más de un año, cuando uno de los médicos, para desengañarles de su ilusión de volver a conseguir que le naciese el pelo les dijo: Llevo más de 26 años de médico, y nunca, en casos menos graves, se ha podido conseguir lo que ustedes quieren que se consiga en un caso tan grave como es este. No conseguirán por ningún medio que la salga ni un solo pelo.

Desde entonces los padres de la niña determinaron acudir a otros medios sobrehumanos: se ofrecieron subir con la niña al Santuario de la Peña, decir una misa en el altar de la Virgen, y que la joven ingresaría en una orden religiosa, y desde el día que hicieron esta promesa se retiraron en absoluto todos los medicamentos.

No tardó la Santísima Virgen en escuchar la súplica; al poco tiempo comenzó la joven a verse nuevamente con el pelo que comenzaba a nacer: subieron al Santuario, cumplieron su promesa y aún no había pasado medio año cuando la joven tenía una cabellera que la pasaba de la cintura y era la admiración de todos.

Hoy, cumpliendo su promesa, es religiosa profesa en el Convento de Salesianas de Sarriá. Sus padres, agradecidos, quieren hacer público este tan especial favor, alcanzado por la invocación de Ntra. Sra. de Peña Francia



Favor de Santo Domingo de Guzmán

Favor singular.—El 4 de Agosto festividad del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán, salvó la vida milagrosamente el hijo mayor de los señores de Mirat. Se hallaba éste por la mañana, mientras su madre y su esposa se habían ido a la iglesia de San Esteban a comulgar, revistando la caldera de una máquina de las que tienen en la fábrica, cuando he aquí que la caldera, ya fuese por su poca consistencia o por el excesivo vapor

en ella contenido, explotó lanzando los mil pedazos en que se deshizo por uno y otro lado del señor, quedando él completamente ileso. Cuando en medio del susto contó lo ocurrido a su señora y a su madre, éstas no dudaron, dado el inminente peligro en que estuvo, en afirmar que Santo Domingo le había amparado en cuyo honor acababan ellas de comulgar. Así lo creyeron todos y todos vinieron enseguida a la misa solemne que en honor del Santo se celebraba en San Esteban para dar gracias por tan señalado favor.

SECCION DE NOTICIAS

Salamanca.

El Reverendísimo Maestro General ha nombrado Pro-Regente de estudios de la Provincia de España, al M. R. P. Fray Emilio Colunga, Profesor actualmente de Teología dogmática en este Convento.

—Se halla entre nosotros de Profesor de Sagrada Escritura el conocido y reputado exégeta M. R. P. Fr. Alberto Colunga. Esperamos de tan consumado maestro recoger sabias instrucciones.

—*Nuevo Presbítero.*—El día 21, recibió el sagrado Orden del Presbiterado, el joven dominico Fr. Germán Rengel. Enhora-buena.

—*Nuevo Rector del Colegio de Dominicos de Oviedo*—Decíamos en nuestro número anterior que estaba elegido Rector de Oviedo el P. Paredes. No es así: el Rector de Oviedo es el muy R. P. Fr. José D. Gafo, ilustre sociólogo y conocido escritor de *La Ciencia Tomista*. Joven, muy joven en años, pero maduro en ciencia y en virtud.

—También fué elegido Prior de las Caldas de Besaya el muy R. P. Fr. Eduardo Martínez, Profesor que era de Moral casuística en este Convento. No hace falta ponderar los méritos y relevantes cualidades del P. Eduardo. Baste saber que es la vez quinta que es elegido Prior, y, que no bien tenía acabado el triennio en una casa, cuando los religiosos de otra ya tenían puestos en él los ojos. A ambos les deseamos felicidad y hacemos votos al cielo para que no les falten las gracias necesarias para regir con acierto las comunidades respectivas.

—*Fiestas en Macotera.*—Colocación de una lápida-busto en honor del Cardenal Cuesta, hijo preclaro de Macotera.

Resultaron solemnísimas las fiestas que con este motivo se celebraron en el pueblo.

Por la mañana hubo misa Pontifical, celebrada por el Excelentísimo Sr. Obispo de la Diócesis, en la que hicieron de ministros Sacerdotes regulares y seculares, hijos del mismo pueblo. En el momento de descubrir la lápida hablaron distintos individuos, enalteciendo la ciencia y virtudes del Cardenal Cuesta, a quien se le ofrecía aquel homenaje. Por la tarde hubo disparo de cohetes, elevación de globos y por último una velada en la que tomaron parte casi en su totalidad hijos del pueblo, que desempeñaron muy bien el papel que a cada uno le correspondía. Llamó

de una manera especial la atención de los vecinos de Macotera, y de los pueblos comarcanos, que también se hallaban presentes un saludo entusiasta que les dirigió el Pablo Ruano. Él estaba conmovido y llegó a conmover a todo aquel inmenso auditorio que atentamente le escuchaba. Tocó los puntos que más gustaron al pueblo y los tocó con energía, con voz clara y hermosa declamación.

—*Novena del Rosario.*—Dará principio el día 27. Predicarán los PP. Ceballos y Castaño. Los cultos de la mañana y de la tarde serán tan solemnes como en años anteriores.

BIBLIOGRAFÍA

Aromas de virtud, o sea, pensamientos, máximas y rasgos edificantes de la sierva de Dios, Gema Galgani, entresacados de su biografía, cartas y éxtasis, por un Sacerdote de la U. A. (Valencia, 1918; Tipografía moderna, A. C. de Miguel Gimeno: Avellanas, 11. Precio 0,50.

Al ver el título que lleva este librito (verdaderamente de oro), cualquiera que haya leído la vida de la sierva de Dios, sus cartas o sus éxtasis dirá que tiene que ser una obra de vulgarización, ideal. Efectivamente, así es. En ochenta y siete páginas está contenido todo lo que se encuentra de sublime en las obras de donde el autor lo ha sacado. Es un manojito artístico de flores aromáticas de un atractivo encantador, son las virtudes de Gema son sus pensamientos sencillos pero profundos, son sus máximas, son sus rasgos edificantes compendiados, son, puede decirse, en la totalidad las palabras de la misma sierva sin comentario de ninguna clase que avalora muchísimo a la obra, y que da más mérito al autor por haber sabido reunir con tanto acierto materias que tan deseminadas se encuentran en las obras que utilizó. Es una obrita a la que no se le puede poner ningún reparo y sí muchos elogios. En las manos de todos debía de estar este librito, pues a todos les sería de gran utilidad. Lo recomendamos sin excepción a toda clase de personas; a niños, a jóvenes y a viejos; a imperfectos y a perfectos, a religiosos y seculares, a todos. A todos les ha de gustar y a todos les será de gran provecho.

NECROLOGÍA

Alberca (La).—Con cristiana resignación ha fallecido en este pueblo el día 7 de Septiembre, y a los treinta y ocho años de edad, la prudente y sufrida madre de familia, señora doña Ana Hoyos de Avila, confortada con los Santos Sacramentos.

A su desconsolado esposo don Pedro Avila, como a su afligido padre don Tomás Hoyos y a sus hermanos, principalmente al R. P. Dámaso, Carmelita, y al R. P. Manuel Hoyos, Dominico de este Convento, hacemos presente nuestro más sentido pésame, rogando al mismo tiempo a los lectores, una oración por el eterno descanso del alma de la finada.

mp. Cat. Salmanticense y Enc., Arroyo del Carmen 15.—SALAMANCA